

Este es uno de esos libros que no hacen falta en parte alguna y que solamente son útiles a quienes los hacen. Porque les sirve para hacer recopilación de lo que se ha leído acerca de cualquier cosa y para alimentarla, aunque sea pequeña, vanidad de ver el nombre en letra impresa.

Consta de dos partes fundamentales, un terreno a recorrer y las ganas de recorrerlo, y un apéndice accidental, la bicicleta. Puede ser por tanto clasificado como un *libro de viajes* o como una guía turística a modo de las que algunas regiones europeas reparten a los visitantes por si prefieren conocer la región en una u otra forma.

Debo hacer la salvedad de que para seguir las rutas que a continuación vienen no hace falta ser un ciclista profesional, ni siquiera un buen ciclista, basta con tiempo por delante y un poco de seso para no andar a la greña con automóviles agresivos, que los hay, y para no reventarse en una cuesta arriba. En ambos casos se lleva las de perder.

Además este libro va dirigido al que lo lea, tanto si es ciclista como si no, porque de las bicis bien poco se habla, la bicicleta es un vehículo y basta. Aunque un vehículo muy especial. Permite ver, oír y oler el paisaje a diferencia del coche o la motocicleta y permite hacer distancias más largas que andando.

Hay ciclistas que salen a pasear y no se alejan más de una docena de kilómetros de su casa. Con esta guía pueden ir ampliando sus horizontes además de conocer un poco mejor el entorno. Y también hay ciclistas que salen zumbando vestidos de colores como si fueran a llegar a alguna parte y sólo tienen ojos para los cambios, los desarrollos, los rastrales, etc. A esos, buenos deportistas, aunque incompletos, les convendría mirar un poco por donde pasan, es más ameno y más deportivo.

Hechas estas premisas, quiero entrar un poco en asunto acerca de la comarca a recorrer.

El Aljarafe, que en árabe quiere decir *elevación*, es ese conjunto de colinas que se extienden al poniente de Sevilla, en cuanto se pasa el río Guadalquivir. Esa cornisa que se ve desde la capital, da acceso a una serie de lomas sucesivas que se extienden hasta otra cornisa más allá a cuyo pie corre el río Guadiamar. Es pues una región bien delimitada y entre dos ríos. Al Norte presenta otra ladera escarpada.

Son sus colinas margas y arenas terciarias que por el Sur caen lentamente hacia la marisma, dando paso a terrenos aluviales cuaternarios. Con que es una especie de meseta caída por el lado Sur. En conjunto y en palabras de Gabriel de Santans, geógrafo del siglo XVII: *doce leguas en circunferencia poco más o menos*.

De su historia se puede decir de pasada, y por dar unidad al texto, ya que para leerla a gusto existe suficiente bibliografía, que está habitado desde el Paleolítico, del que se han encontrado restos en la cuesta de Castilleja y que luego en Tartessos también fue un lugar de cierta importancia, si recordamos el ajuar principal hallado en el Carambolo (Camas). Luego al final del periodo Tartesso estuvo habitado por los turdetanos que ocuparon algunos lugares que hoy son poblaciones, como Albaida o Gelves. Precisamente la característica más sobresaliente del Aljarafe es su privilegiada situación, su riqueza de aguas y su fertilidad, lo que hizo, y hace, que los habitantes vivan en pequeños acúmulos de viviendas sobre el terreno. Así sucedió en la época romana. Los romanos llamaron a la comarca Vergentum y construyeron en ella sus *quintas*. Los musulmanes continuaron la costumbre y allí hicieron sus *alcarias* y *machares*. Precisamente los musulmanes dentro de la Cora o provincia de Sevilla, que llegaba al Guadiana y a Badajoz casi, consideraban al Aljarafe un *iqlim* o comarca y la partieron en cuatro *tahas* o distritos, al frente de los cuales había un protector castillo. Castillo en árabe se dice *Hazn*, de manera que los castillos eran Aznalfarache, Aznalcázar, Aznalcóllar (un poco fuera del Aljarafe propiamente dicho) y por último Solucar Albaida que ahora se llama Sanlúcar la Mayor. Bueno, pues también estuvieron en el Aljarafe los normandos en el siglo IX y lo devastaron mientras se lo permitieron, y más tarde los bereberes tanto durante la época musulmana como durante la cristiana, almohades y benimerines respectivamente.

Después de la conquista el Aljarafe sirvió para trampolín de poder de unos cuantos y para sacar dineros otros tantos. Reyes, emperador o condes y duques, caballeros-veinticuatro o jurados todos hicieron su Agosto.

A partir del siglo XVIII el Aljarafe queda un poco al margen de la vida política o militar de este país y permanece como en un sueño. La tierra está muy aprovechada

y no había manera de sacar más que lo que había. Ni siquiera las desamortizaciones movieron gran cosa el cotarro. Hasta que recientemente la expansión urbana y la afición a alejarse de las ciudades ha vuelto a poner sobre el tapete esta comarca y vuelven a hacer su Agosto los especuladores de terrenos, los antiguos propietarios, los constructores desaprensivos que levantan moles de edificios, allanan montes, tuercen vaguadas y alteran el entorno de manera intolerable. Otra plaga y esta vez de efectos permanentes.

El Aljarafe es rico en agua. Hay pozos en todas partes y desde Gelves y otros puntos de la vega se han perforado galerías de un agua excelente. Produce aceite y vino fundamentalmente, además de fruta. Esa riqueza es la causa de la dispersión de las viviendas precisamente, y de que, desde que se escribe la historia, esté casi totalmente cultivado. Los olivares están aquí desde tiempos de Roma, como el vino. Se potenciaron durante la época musulmana, la tolerancia del islam en el Andalus es proverbial, luego decayeron. Se relanzó el cultivo del olivar en el siglo XIX, y actualmente, por sus características de cultivo, decae de nuevo e incluso la aceituna de mesa quita sitio a la de aceite, mientras en este país se toma aceite de quien sabe qué. Ya no es la época en que el rey Alfonso X, en el fuero juzgo, ponía penas a quien cortara olivos aunque la tala indiscriminada a vuelto a limitarse.

La zona Norte es también tierra de sembrados de cereal. Los pinares antaño abundantes han desaparecido prácticamente. Los rebaños de cabras y ovejas persisten en algunas zonas pero no así los de caballos, cuyos dueños llevaron en el pasado a pastar a las marismas para evitar conflictos con los agricultores como si de una película del oeste se tratase.

Los pueblos son blancos y muy agradables. Las construcciones típicas, en éstos, son casas de una o dos plantas. Las de dos plantas suelen tener balcón, en medio de dos ventanas, sobre la puerta, que tiene una ventana también a cada lado. Unas cenefas de ladrillo, azulejo o simplemente pintura rodean los huecos de fachada. Las de una planta tienen encima un soberao con pequeña ventana sobre la puerta o simplemente la planta única. Todas las casas suelen tener corral o patio, detrás las de dos plantas

y delante las de una planta aunque éstas también pueden tenerlo detrás.

Las construcciones aisladas en el campo son las Haciendas de Olivar, conjunto de edificios de labor y vivienda

Casa de dos plantas



Casa de una planta con soberao



rematados por variedad de tejados que les dan un aspecto majestuoso y acompañadas por un cúmulo de árboles, casi siempre palmeras y cipreses, aunque no faltan eucaliptos de los antiguos, cuyas copas sobresalen, a modo de cabellera, por encima de las tapias y techos e higueras que también fueron muy abundantes y ahora lo son menos. Los pueblos más cercanos a Sevilla sufren actualmente la catástrofe de las construcciones salvajes, casas de gusto pésimo, chalets suizos, *casetas de feria* de espantoso aspecto, bloques que surgen como apariciones en medio del campo, han tenido la callada por respuesta de los ayuntamientos. Vertederos de basuras acompañan al viajero al salir de algunos pueblos lo que es tan deplorable costumbre municipal como la individual de convertir las cunetas de las carreteras en vertederos permanentes. También hay quien tapiza de placas de gres de vivos colores la fachada de su casa, genuino atentado al buen gusto.

Estas son las cosas que le sobran al Aljarafe, unas soluciones y otras por lo menos detenibles para que el estrago no siga. Y, ¿Qué le falta al Aljarafe?

Pues delimitar sus señas de identidad. Una acción coordinada de las mancomunidades que acerquen a los vecinos a su historia pasada y reciente, a las características de su tierra, un museo viviente de antropología en una de las numerosas Haciendas que se caen, una alternativa viva a la desidentificación que le da la proximidad de la metrópolis y la acción homogeneizadora de unos mass-media francamente colonizadores. En suma recuperar el tiempo perdido.

Vayamos allá. Vamos a empezar por las rutas más sencillitas para terminar con las más largas. Los trayectos por el interior de los pueblos no son exhaustivos, ni siquiera los mejores posibles. Son simplemente una introducción. La mejor manera de conocer el Aljarafe es venir con frecuencia y a placer. Así que adelante.